rio, y tienen á grande dicha el ser allí sepultados. En cuanto á los hebreos, su devoción raya en delirio. Además de las peregrinaciones particulares que hacen en todos tiempos, hay ciertos días en que van en masa, de Jerusalén, de Hebrón y de los países comarcanos. Allí se pasan los días y las noches sin otro abrigo que el cielo estrellado; allí comen, beben, hacen oración, lloran, dan grandes gritos y exhalan tristes gemidos en memoria de la inconsolable Raquel.

Caminemos un poco más, y pronto llegaremos al término de nuestra peregrinación. Vimos al Oeste, las verdes colinas que domina la aldea de Beithjalah, embellecida con el seminario del Patriarca latino; y al Sur, sobre la falda de un montecillo, la ciudad esperada, cuyo glorioso porvenir fué predicho en términos tan magníficos por el profeta Miqueas seis siglos antes del nacimiento de Cristo.

Sin embargo de esto, un recuerdo bíblico sumamente patético nos cautiva antes de llegar. Desviándonos un poco á la izquierda, visitamos la cisterna llamada de David que nos recuerda el hecho siguiente. Un día que el Profeta Rey acampaba sobre la altura opuesta, dijo en alta voz: «¡Oh! ¡quién me diera un poco de agua de la cisterna que está cerca de la puerta de Belén!» Le oyeron tres de sus guerreros, y atravesando el ejército de los filisteos, cogieron el agua tan deseada y se la presentaron. A la vista de tanto valor y sacrificio, David no pudo contener las lágrimas, y exclamó: «No quiera Dios que apague yo mi sed con la sangre de estos hombres que han expuesto su vida por mí.» No quiso, pues, beberla, sino que la derramó en tierra ofreciéndosela al Señor en sacrificio.

VII

El pozo de David.—La casa del pan.

Tres cisternas abiertas en la roca forman receptáculos muy abundantes en exquisitas aguas. Los indígenas las llaman Biar-Daoud, pozos de David. La más grande, rodeada de un muro de mampostería, pertenece á los Franciscanos. Si se ha de dar crédito á la tradición, allí mismo estuvo la casa en que

nació el Real Profeta. Los restos de un pavimento en mosaico que se veían allí de otro tiempo, habrían sin duda pertenecido á un monumento destinado á perpetuar algún recuerdo. Díjonos Fr. Liévin, que pudo ser alguno de los conventos fundados por Santa Paula.

Una serie de calles estrechas excesivamente resbaladizas, conducen al convento de los Franciscanos en donde después de una mañana extraordinariamente cálida para la estación en que nos encontramos, hemos tenido la dicha de encontrar sombra y frescura Fuimos recibidos en el refectorio del convento por un fraile abisinio; su bronceado rostro respira bondad: habla muy bien el italiano, y todas sus palabras están como impregnadas de benevolencia y caridad.

El refectorio está iluminado por dos ó tres ventanas abiertas en el espesor de las altas murallas que protegen el convento; una gran mesa se levanta en medio mientras que las sillas están contra las paredes.

Unos cuantos retratos de soberanos, cuya mayor parte deja bastante que desear bajo el punto de vista de la ejecución, están suspendidos en los muros, en donde se conservan como un testimonio de reconocimiento de los Franciscanos para con los príncipes bienhechores de Tierra Santa.

Era mediodía, y fuimos invitados á participar de la comida de los peregrinos. No había ningún lujo, ciertamente, pero sin embargo, la comida era abundante, las frutas excelentes y el vino delicioso. Esta abundancia nos daba muy bien á entender, que nos encontrábamos en Belén, la casa del pan, nombre que le fué dado á causa de la prodigiosa fertilidad de su territorio.

VIII

La estrella de plata.

Apenas terminamos la comida, nuestros primeros pasos se dirigieron hacia la gruta en la que vino al mundo Aquél que, según las palabras de Isaías, es la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y de Sarón, el legislador que abrió al género humano un porvenir de paz y misericordia.

Se baja á la cripta por dos escaleras semicirculares, de las cuales una pertenece á los latinos y otra á los griegos. Las paredes de la gruta están cubiertas de mármol, de tapicerías y bordados, preciósos tesoros con los que la cristiandad ha enriquecido en la sucesión de los tiempos este santuario tan venerable. El pavimento está incrustado de jaspe y de pórfido. En el extremo de la gruta, hacia el Oriente, brilla sobre una placa de mármol una estrella de plata: allí nació el Salvador, como consta de la siguiente inscripción:

Hic de Virgine María Jesus-Christus natus est.

AQUÍ NACIÓ DE LA VIRGEN MARÍA JESUCRISTO.

Diez y seis lámparas de plata sobredorada iluminan de día y de noche aquel bendito establo santificado por el nacimiento del Mesías. Más dichosos aún que los patriarcas, los reyes y los profetas que habían deseado con tantas ansias ver su advenimiento, contemplábamos en espíritu esta milagrosa escena, que procurábamos restablecer á su primitiva y sublime sencillez. Una excavación hacia el Oeste indica el lugar en donde se hallaba el pesebre y en el que estuvieron los Magos. El pesebre está en Roma, en la Basílica de Santa María la Mayor, donde hemos tenido la dicha de venerarlo muchas veces.

IX

San José.—Los Santos Inocentes.—San Jerónimo.—Santa Paula.—Santa Eustoquio.—Las vírgenes sabias.

La gruta se extiende por un estrecho corredor que serpentea en la roca y conduce á los altares de San José, de los Santos Inocentes, de San Eusebio, discípulo de San Jerónimo, y desde allí á otros dos que se hacen frente, consagrados el uno al Máximo Doctor y el otro á Santa Paula y á Santa Eustoquio.

Un poco más lejos se halla el austero retrato de San Jerónimo. Esta grande antorcha del mundo cristiano, pasó en este

lugar gran parte de su vida en el arrepentimiento y en las lágrimas, rescatando con la penitencia y las maceraciones las faltas de su juventud. Aquí fué donde domaba sus pasiones con un estudio obstinado del hebreo y de las Sagradas Escrituras; aquí traducía al latín las producciones del genio griego; aquí donde reducía á silencio á los secuaces de Orígenes, á los arrianos, y en donde resolvía los grandes problemas que agitaban al mundo en su época; aquí, en fin, escribía aquellas cartas mensajeras de su corazón, en las que respira una humildad tan profunda, una sensibilidad tan viva, juntas á un amor tan ardiente de la soledad. Parecíame verle levantarse delante de mí, pálido, extenuado por los ayunos, cubierto de un grosero saco, golpeándose el pecho con una dura piedra y helado de espanto por la trompeta del juicio final, cuyo penetrante sonido creía estar siempre escuchando.

«La más tierna y estrecha amistad, dice M. Poujoulat, le unía á Paula y Eustoquio, á quien llama sucesivamente su hermana, su hija, su soberana, la joya de la Iglesia y por la que su imaginación había divinizado la virginidad.»

«Un monasterio de hombres, continúa el autor de la *Historia de Jerusalén*, y tres monasterios de doncellas de todas condiciones y de diversas provincias, fundados por la descendiente de los Escipiones, representaba junto al pesebre del divino Infante una fiel imagen de los principios de la Tebaida. Separadas para el trabajo y la comida, las religiosas de Belén oraban, y salmodiaban juntas. Debian saber todos los salmos que cantaban en las diversas horas del día y de la noche: no iban á la Basílica sino el domingo, y entonces se las veía salir en grupo, cada uno de los cuales tenía una superiora especial. Sus costumbres eran uniformes. No se servían de lienzo sino para enjugarse las manos. Esta columna de vírgenes *sabias* se muestra en Belén como un encantador adorno; es como un canastillo de lirios colocado delante del pesebre entre los Magos y los pastores.»

Al salir de la santa gruta, nos dirigimos á la iglesia de Santa María. Pero ¡ay! ¿qué es lo que vemos? Una plaza pública, un mercado, un bazar, adonde los chicos vienen á jugar y á pegarse, en donde trafican los beduinos y toman el fresco los árabes fumando su *narghileh*.

Los griegos, sin respeto á este antiguo monumento, han le-

vantado una muralla que separa el presbiterio de lo restante del templo; y sacrificando de esta suerte la armonía y belleza del edificio á una *celosa* devoción, han establecido en esta parte que comprende, como es de suponer, el crucero, el coro y los ábsides, su iglesia parroquial.

Esta Basílica, la más bella de Tierra Santa, merece un estudio especial, que nos proponemos hacer después de las solemnidades del Nacimiento, que reclaman por ahora toda nuestra atención.